

# Oda a una estrella

*Pablo Neruda*

ASOMANDO a la noche  
en la terraza  
de un rascacielos altísimo y amargo  
pude tocar la bóveda nocturna  
y en un acto de amor extraordinario  
me apoderé de una celeste estrella.  
Negra estaba la noche  
y yo me deslizaba  
por la calle  
con la estrella robada en el bolsillo.  
De cristal tembloroso  
parecía  
y era  
de pronto  
como si llevara  
un paquete de hielo  
o una espada de arcángel en el cinto.





La guardé  
temeroso  
debajo de la cama  
para que no la descubriera nadie,  
pero su luz  
atravesó  
primero  
la lana del colchón,  
luego  
las tejas,  
el techo de mi casa.  
Incómodos  
se hicieron  
para mí  
los más privados menesteres.  
Siempre con esa luz  
de astral acetileno  
que palpitaba como si quisiera  
regresar a la noche,  
yo no podía  
preocuparme de todos  
mis deberes



y así fue que olvidé pagar mis cuentas  
y me quedé sin pan ni provisiones.  
Mientras tanto, en la calle,  
se amotinaban  
transeúntes, mundanos  
vendedores  
atraídos sin duda  
por el fulgor insólito  
que veían salir de mi ventana.  
Entonces  
recogí  
otra vez mi estrella,  
con cuidado  
la envolví en mi pañuelo  
y enmascarado entre la muchedumbre  
pude pasar sin ser reconocido.  
Me dirigí al oeste,  
al río Verde,  
que allí bajo los sauces  
es sereno.



Tomé la estrella de la noche fría  
y suavemente  
la eché sobre las aguas.  
Y no me sorprendió  
que se alejara  
como un pez insoluble  
moviendo  
en la noche del río  
su cuerpo de diamante.